

La Historia de la Iglesia en Asia

Lourdes DÍAZ-TRECHUELO

Todo hecho histórico se da en unas coordenadas concretas de *espacio y tiempo*. De ahí que resulte imprescindible ante todo, fijar cuál ha de ser el marco *geográfico y cronológico* de una Historia de la Iglesia en Asia.

El primero abarca los cuarenta y cuatro millones de kilómetros cuadrados de esta parte del mundo, en realidad, cuarenta y cinco y medio, incluyendo la Insulindia. En el mapa político actual de Asia existen más de cincuenta unidades de muy desigual extensión e importancia, desde colosos como la Rusia asiática y la China, hasta los minúsculos Estados nacidos de los afanes nacionalistas de nuestros días. En conjunto, la Historia de Asia es sumamente compleja en todos sus aspectos, también en el que se refiere a la implantación de la fe católica, porque en este continente han nacido todas las grandes religiones del mundo, incluida la de Jesucristo.

El marco cronológico de una Historia de la Iglesia en Asia es también amplísimo: desde el día de Pentecostés del año 33 de nuestra Era, hasta el momento actual, es decir, casi veinte siglos.

¿Cómo sistematizar el inmenso caudal de acontecimientos, que se suceden en este espacio y tiempo?

Sería ideal llegar a conjugar perfectamente geografía y cronología, para que el lector tenga una clara visión de ese acontecer histórico, y creo que sería útil mantener la tradicional división de la Historia en Edades, con todo lo que en ella hay de convencional, y dentro de cada una introducir las subdivisiones o épocas que se estimen necesarias.

Edad Antigua

La Iglesia nace en la entonces provincia romana de Judea, y sabemos por los *Hechos de los Apóstoles* que cuando fue elegido Matías para sustituir a Judas, la comunidad estaba formada por ciento veinte personas, y que el día de Pentecostés se bautizaron varios millares.

La primera persecución levantada contra ellos, además del protomártir Esteban, produjo la dispersión que extendió la semilla: un grupo se fue a Damasco, el diácono Felipe predicó en Samaría y vino luego la conversión de Saulo, que llevará el Evangelio al Asia Menor, y lo predicará por vez primera en Europa.

En Joppe, Pedro comprende que el cristianismo no es sólo para los judíos, aunque siguen siendo éstos la inmensa mayoría entre los cristianos de primera hora. Doce años después de la resurrección de Cristo, la persecución de Agripa extiende el Evangelio por Fenicia, Chipre y Antioquía, y parece que es entonces cuando los Doce salen de Jerusalén para cumplir el mandato de ir por todo el mundo, un mundo que era mucho más pequeño que el nuestro: de Asia sólo se conocían los territorios que hoy forman Turquía, Siria, Arabia, Irak, Persia y parte de la India, a la que había llegado Alejandro Magno.

Según Eusebio de Cesares en su *Historia eclesiástica*, a Tomás se le asignó el país de los partos, y a Bartolomé la India del Este, lo que parece contradecir la tradición de que Santo Tomás predicó en aquellas tierras.

Como consecuencia del incansable afán viajero y apostólico de Pablo, la fe de Cristo se extiende por lo que hoy llamamos Oriente Próximo, en el que existen ahora los estados de Turquía, Líbano, Siria, Israel y Jordania.

La destrucción de Jerusalén por Tito en el año 70, dispersó a los judeocristianos, que vivieron errantes por Palestina, al ser expulsados y prohibida su residencia en la nueva ciudad de Aelia Capitolina.

En la segunda mitad del siglo I, Asia Menor era una de las regiones más cristianizadas. Plinio el Joven, gobernador de Bitinia en tiempo de Trajano, dice que el cristianismo «invadía ciudades, pueblos y villas». Ya a fines del siglo II, hacia el año 190 se celebró un Concilio en Palestina, al que asistieron, según Eusebio, los obispos de Cesarea, Aelia Capitolina, Tiro y Tolemaida. En este mismo siglo, Siria ocupaba un puesto preeminente en la Iglesia.

Las persecuciones de los Flavios y de los Antoninos, en estos dos primeros siglos, produjeron abundantes mártires en la Iglesia de Asia, y las asolaron, hasta que con el Edicto de Milán del año 313, llegó la paz. El primer capítulo de la Historia de la Iglesia en Asia, o si se quiere, su primera época, podría terminar aquí.

El segundo debe abarcar hasta el final de la Edad Antigua, incluyendo en él la época de las grandes herejías cristológicas. Entre ellas, el nestorianismo tuvo especial difusión en Asia, pues se extendió por la actual Rusia y por el Imperio mogol, y más al sur hasta la India.

Esta es también la época de los grandes Concilios ecuménicos: especial relevancia para la Historia de la Iglesia en Asia tuvieron el II de Constantinopla (a. 381) que modificó la organización eclesiástica de aquellos territorios, y el de Calcedonia, (a. 453) donde se crearon los Patriarcados de Constantinopla y de Jerusalén, que se unen a los ya existentes de Antioquía y de Alejandría. El Patriarcado de Constantinopla, aunque su sede estuviera en Europa, extendía su jurisdicción sobre gran parte del Asia Menor, y el de Alejandría, desde su sede africana, tuvo especial influencia en el desarrollo del monaquismo, que tanta importancia alcanzó en el Oriente Próximo. Nacido en Egipto, en la primera mitad del siglo IV, el monaquismo se introdujo en Palestina bajo la forma de «laura» o comunidad sujeta a un superior, cuyos miembros hacían vida solitaria, cada uno en su cabaña. Esta modalidad se extendió rápidamente por Tierra Santa, donde llegó a haber centenares de monjes, y de allí pasó al Asia Menor a través de Siria, donde encontró su primera reglamentación por obra de San Basilio, autor de una regla escrita, que hizo posible la vida monástica incluso en las grandes ciudades, y así hubo monjes a millares en Alejandría, Antioquía y Constantinopla. Es un tema a estudiar en nuestra Historia.

La Edad Media

Dividido el Imperio Romano, la Iglesia de Asia quedó ligada al de Oriente y sometida a las injerencias de sus emperadores. La rivalidad Roma-Bizancio influyó mucho en la vida de la Iglesia, incluso en la ruptura producida por el cisma de Oriente. Todos estos sucesos que llenan los siglos VI al XI, deben ser tenidos en cuenta.

A mediados del siglo VI tuvo lugar un hecho fundamental: la aparición del islamismo, que desde la península de Arabia se difundió con rapi-

dez por Palestina, Siria, Persia y Mesopotamia. Doce años después de la muerte de Mahoma, los musulmanes se apoderan de Chipre y luego invaden la India. Desde aquí, la religión islámica llegaría a Indochina e Insulinidia, alcanzando hasta el archipiélago filipino. De este modo, se anticipó a la cristiana en la mayor parte de Asia, constituyendo para la futura evangelización un obstáculo casi infranqueable.

A finales del siglo X, los turcos Saléucidas fundaron un sultanato en la península de Anatolia y se hicieron dueños de Tierra Santa. Sus crueldades hicieron reaccionar a los príncipes de la Europa cristiana, y los unieron contra el enemigo común. Convocados por el papa Urbano II en el Concilio de Clermont Ferrand, miles de hombres se alistaron en la primera Cruzada, que logró la reconquista de Jerusalén, el año 1099. Se instauraron allá varios reinos latinos y se restableció el antiguo Patriarcado de Jerusalén.

Sin duda, gran parte de este éxito se debió a que los musulmanes pasaban por un momento de debilidad, pero en cuanto surgió un nuevo caudillo, el sultán Saladino, tomaron otra vez Jerusalén (1187) aunque permitieron que se quedaran allí los franciscanos y que los peregrinos visitaran los Santos lugares sin ningún peligro.

En el año 1300 la dinastía seléucida fue sustituida por la otomana, cuyo fundador se convirtió a la religión musulmana, con lo que ésta recibió nuevo impulso y los turcos constituyeron pronto una seria amenaza para la Cristiandad.

Durante la Edad Media, especialmente en el siglo XIII, hubo relaciones con el Oriente mediante caravanas que seguían la llamada «ruta de la seda». Estos viajes medievales sólo tenían una finalidad comercial: traer a Europa el oro, las especias, las sedas chinas y el algodón de la India, entre otros productos.

A principios del citado siglo los mongoles, hasta entonces nómadas, se unifican bajo Gengis Khan y llegan a ocupar China, India y los países de Oriente Medio. Como se enfrentaron a los musulmanes del Oriente Próximo, se extendió por Europa la creencia de que eran cristianos. Lo cierto es que los mongoles impusieron el orden en gran parte de Asia y esto hizo posible a los comerciantes viajar con tranquilidad durante más de un siglo.

En 1245 el Papa envió a Karakorum, su capital, al Franciscano Giovanni Piano di Carpini, y ocho años después le siguió Guillermo de Rubruk. Carpini era portador de una carta de Inocencio IV para el Gran Khan, y

fue bien recibido por Kuyuk, sucesor de Gengis, a cuya coronación asistió. La respuesta del nuevo Khan fue benévola pero soberbia: exigía que el Papa fuese a ver «al señor de toda la tierra».

Después de las legaciones comenzaron las misiones: los mongoles, que se habían puesto en contacto con el budismo y el taoísmo en China, con el nestorianismo en Manchuria y con el islamismo y el cristianismo en las regiones occidentales de su imperio, se mostraron tolerantes. La conversión al mahometismo de Gazán (1295-1305), puso fin a esta paz.

Mientras ella duró había llegado el enviado de Nicolás V, Juan de Montecorvino, de la Orden franciscana. Había muerto ya Kublai o Kubilai Khan, pero el sucesor también se mostraba tolerante con los cristianos nestorianos. La conversión al catolicismo del príncipe Jorge Tenduk desató la persecución de los nestorianos, que acusaron a Montecorvino de ser espía, mago y falso embajador del Papa. A pesar de todo, su labor fue muy fructífera y parece que bautizó a unas seis mil personas. En 1303 tuvo la alegría de ver llegar a Karakorum a un franciscano y por medio de él escribió al Papa pidiendo refuerzos, cuando ya se le daba por muerto. Entonces fueron consagrados obispos siete religiosos de su Orden y enviados a China, donde debían consagrar a Montecorvino, que sería el Patriarca de todo el Oriente. Solo tres llegaron a Pekín, donde cumplieron el encargo recibido y empezaron su labor misionera. Juan de Montecorvino, primer evangelizador de China murió en 1328. Seis años después llegó a Avignon una embajada de aquel país.

Los primeros años de predicación del cristianismo en China parecían prometedores, pero en la segunda mitad del siglo XIV todo se vino abajo: a esto contribuyeron las dificultades internas que por entonces padecía la Orden franciscana, las bajas que causó en ella la peste negra, las penalidades del larguísimo viaje y los peligros que ofrecía el auge del poderío musulmán. Así termina el que se puede llamar primer capítulo de la Historia de la Iglesia en China, al que sigue un vacío de dos siglos.

Edad Moderna

El avance turco sobre Europa estimuló la exploración del Atlántico, que dará lugar a los grandes descubrimientos ibéricos. Se busca una nueva vía para el comercio del oro, la seda, las especias y demás artículos orienta-

les. Portugal, explora la costa occidental de África, y cuando Bartolomé Dias doble el cabo de las tormentas en 1481, quedará abierto el camino hacia la India.

Veintiocho años antes, Constantinopla ha caído en poder de los turcos, hecho convencionalmente admitido como principio de la Edad Moderna. Comienza ahora la gran expansión de la Iglesia en el Extremo Oriente.

El cristianismo había llegado a la India por vía terrestre, según antigua tradición por la predicación del Apóstol Santo Tomás: ahora llegará por vía marítima, en las naves portuguesas, que abordan diversos lugares de su costa. Los lusitanos aplicaron aquí el método ya ensayado en África; establecer factorías comerciales sin penetrar en el interior, lo que hizo más difícil la difusión del Evangelio. Como Portugal tenía también, como España, el Patronato de la Iglesia en sus colonias, a raíz de la creación de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide hubo numerosos conflictos de jurisdicción que entorpecieron la labor misional.

La primera diócesis del Patronato portugués en Asia fue la de Goa, seguida por la de Cochín y luego la de Angamale, todas en la India. Cochín fue el primer centro lusitano, trasladado luego a Goa, que se convirtió en la capital del imperio portugués en Asia. Al principio la Orden de Cristo nombró vicarios generales, hasta que fue erido en 1534 el obispado de Gos, sufragáneo de Funchal. Su jurisdicción abarcaba la India y, utópicamente, el Imperio Chino. El primer obispo residencial, el dominico Juan de Alburquerque, llegó en 1538 y cuatro años después estaban allí los jesuitas de San Francisco Javier, nombrando nuncio apostólico y visitador regio. Sus andanzas por Oriente constituyen por sí solas un capítulo importante de la Historia de la Iglesia en Asia.

En la India trabajaron también franciscanos y dominicos en el siglo XVI, y se les añaden los carmelitas en el XVII, además de los teatinos y los capuchinos franceses; pero las actividades apostólicas de todos ellos se centraron más en la población europea que vivía en las colonias, que en la evangelización de los infieles, tarea muy difícil por la abundancia de musulmanes. Los hindúes se mostraban más receptivos pero faltaba una buena metodología misional, en gran parte por desconocimiento de la civilización y cultura india.

La estrecha unión Iglesia-Estado resultó también perjudicial porque Portugal siguió una política coactiva para destruir las antiguas religiones y difundir la cristiana.

Un importante problema surgió al contacto con los llamados «cristianos de Santo Tomás», que se extendían por la costa de Malabar, desde Calicut al cabo Comorín y, doblado éste, hacía Madrás. Eran nestorianos de rito caldeo, que dependían del Patriarcado de Babilonia. Cuando Vasco de Gama llegó por segunda vez a Calicut, le pidieron ayuda contra los mahometanos, y los portugueses, contentos de hallar cristianos en tan remotas tierras, no investigaron al principio su ortodoxia, pero pronto los franciscanos empezaron a detectar sus errores teológicos y las diferencias entre sus ritos litúrgicos y los católicos. Ellos tenían un arzobispo con tres sufragáneos, enviados desde Mesopotamia, y había unas 30.000 familias cristianas.

Las primeras divergencias surgieron cuando el arzobispo de Gos pretendió que se sometieran a su jurisdicción, pero en 1599, tras la muerte del último prelado nestoriano, se unieron casi todos a la Iglesia de Roma.

La diócesis patronal de Cochín tenía bajo su jurisdicción las posesiones portuguesas del Este y Sur de la India, excepto los cristianos malabares. Como su extensión era inmensa, el obispo solicitó la creación de otra diócesis como sede en Meliapur, y en ella se incluyeron Bengala, Coromandel, Orissa y Pegú.

En 1607 llegó al Malabar el jesuita Roberto Nóbili, cuyos métodos misionales dieron lugar a la cuestión llamada de los *ritos malabares*. Su deseo de cristianizar a las castas superiores le llevó a tratar de adaptarse a sus costumbres e incluso a suprimir algunas ceremonias del bautismo que les resultaban repugnantes, y a considerar como algo análogo a los anillos nupciales el cordón de oro llamado «talí», que el esposo colgaba al cuello a la esposa en señal de matrimonio.

La controversia surgió primero entre los mismos jesuitas, en 1612; al cabo de doce años Roma dio la razón al padre Nóbili, pero después de su muerte serán los capuchinos franceses establecidos en Pondichery, quienes reabran la cuestión, que vino a mezclarse con la de los *ritos chinos*, llegada entonces a su punto álgido. Ambos fueron condenados, hubo apelaciones a Roma y la discusión duró hasta mediados del siglo XVIII.

A la isla de Ceilán, actual República Democrática de Sri Lanka, llegaron los portugueses en 1505, pero hasta 1518 no lograron levantar un fuerte en Colombo. Desde aquí fueron ocupando la isla cuyos habitantes eran de raza aria, procedentes de la India, y de religión budista o mahometana. En 1543 los franciscanos empezaron a misionar en el interior, y en la segunda mitad del XVI el cristianismo estaba ya bastante arraigado; fue-

ron llegando jesuitas, dominicos y agustinos, pero siguieron siendo los franciscanos los que llevaban el peso de la labor. A mediados del siglo XVII Ceilán y sus adyacentes pasaron a manos de los holandeses.

Entre la India y la Indochina se encuentra Birmania o Burma, que cuando llegaron los portugueses se dividía en cuatro reinos Ava, Pegú, Arakán y Siam. Los dos últimos luchaban entre sí. Portugal ayudó al primero, que les cedió en 1599 el puerto y ciudad de Siriam, en la Birmania meridional. No tuvo éxito la evangelización, varias veces intentada, y en 1614 el rey de Ava expulsó de Siriam a los portugueses.

En la Indochina, los reinos de Siam (hoy Thailandia) y Camboya (actual Kampuchea), tenían religión hinduista y budista. En la parte oriental de la península el antiguo reino de Annam, dividido en el siglo XVI en los de Cochinchina y Tonkín, tenía un sincretismo formado con elementos de confucionismo, taoísmo y budismo.

Siam había entrado en contacto con los portugueses poco después de que éstos ocuparan Malaca. Comenzaron la evangelización dominicos, franciscanos, y más tarde jesuitas, pero todavía, cuando en 1662 llegaron los misioneros de propaganda Fide, la mayoría de los católicos eran europeos, algunos mestizos y ninguno nativo.

Hubo roces de los recién llegados con los pocos religiosos que entonces trabajaban en Siam; esto se mezcla con las ambiciones políticas de Francia sobre el territorio y con las luchas internas entre la nobleza y el rey de Siam. Consecuencia de todo ello fue una persecución contra los cristianos, a las que suceden otras a lo largo del siglo XVIII. Como es lógico, los avances de la evangelización en estas condiciones, fueron lentos y en 1802 no había en Siam más de 2000 católicos.

A Camboya llegaron franciscanos y dominicos procedentes de Filipinas, en el siglo XVI, y durante el XVII este reino tuvo buenas relaciones con los españoles. Desde Manila se enviaron a Siam varias embajadas y en todas ellas fueron misioneros, pero obtuvieron escasos frutos y se abandonó aquel campo.

En la segunda mitad del siglo XVII los misioneros de Propaganda Fide vuelven a intentar la evangelización, pero una guerra con Cochinchina aniquiló la pequeña cristiandad camboyana. En el siglo XVIII vuelven a misionar los franciscanos y se nombra un obispo coadjutor del vicario de Cochinchina; hasta fines de esta centuria hubo en el país continuas revueltas militares, que obstaculizaron los avances del cristianismo.

Cochinchina, parte meridional del antiguo reino de Annam, fue misionada sin éxito por franciscanos y dominicos en el siglo XVI. En el XVII llegaron los jesuitas que se habían refugiado en Macao al ser expulsados del Japón, y lograron algunas conversiones; esta nascente cristiandad sufrió durante todo el siglo el azote de la persecución. Aquí entraron también los misioneros del Propaganda Fide y se produjeron los habituales conflictos de jurisdicción, puesto que los jesuitas pertenecían al Patronato portugués, y los franciscanos procedentes de Filipinas, eran del Patronato español. A pesar de todo, la cristiandad había crecido hasta unos 70.000 fieles a mediados de este siglo. En 1750 hubo una terrible persecución y fueron expulsados todos los misioneros excepto un jesuita, porque era médico personal del rey. A fines de este siglo, como consecuencia de una guerra civil, se unen Cochinchinas y Tonkín.

En éste se habían hecho también algunos intentos de evangelización en el siglo XVI, sin ningún éxito. A principios del XVII llegaron los jesuitas, pero pronto los bonzos lograron del rey un decreto de expulsión y que prohibiera a todos sus súbditos abrazar la fe cristiana. Los hijos de San Ignacio dejaron aquí en marcha una experiencia nueva: los catequistas seculares, que formaban una asociación de vida común, con votos de celibato y obediencia. De ellos saldrían, años más tarde, los primeros sacerdotes nativos del Tonkín.

Al cabo de algún tiempo volvieron los jesuitas, que de nuevo fueron expulsados en 1640, pero a pesar de todo, la misión tonkinesa crecía. Volvieron en 1668 y entraron también en el territorio los misioneros de Propaganda Fide, sin que faltaran los habituales conflictos.

En el extremo meridional de Indochina, Malaca fue uno de los primeros lugares ocupados por los portugueses en el siglo XVI; también aquí fue muy difícil la penetración del cristianismo.

La Insulindia, que hoy día forma la República de Indonesia, agrupa las islas Grandes y Pequeñas de la Sonda: Sumatra, Java, Bali, Lombok, Sumbava, Sumba Flores y Timor. También las Célebes y las Molucas, y la mayor parte de Borneo. Prescindimos aquí de la mitad occidental de la Nueva Guinea, llamada actualmente Irián Jaya.

El Islam llegó a estas tierras en los siglos XII y XIII; antes habían sido dominadas por hindúes. En el siglo XVI los portugueses surcaron estos mares, y no faltaron misiones en las islas. Como herencia de esta evangelización queda hoy en Timor un 74% de católicos, cifra solo superada por Filipinas.

En el siglo XVII los holandeses pasearon su pabellón por estas aguas y sustituyeron a los portugueses en el dominio de las islas con lo que quedó interrumpida la acción evangelizadora.

La evangelización de China

En 1522 los portugueses llegaron por primera vez a las costas de China y fundaron un par de factorías comerciales, pero fueron pronto expulsados de ellas y se refugiaron en la isla de Sanchón o Sancian, donde fue a morir Francisco Javier, cuando soñaba evangelizar este inmenso país.

Al fin, en 1557, Portugal logró establecer una base comercial en Macao y veinte años después se erigió en esta ciudad una diócesis patronal.

Por su parte, los españoles desde Filipinas intentaron la penetración evangélica en China: los agustinos organizaron una expedición, pero fracasaron en éste y sucesivos intentos. Poco después trataron de hacerlo los franciscanos, también con resultados negativos. Volvieron otros en 1582, que desembarcaron en Fukien, y pronto fueron expulsados del país. El mismo año serán los dominicos de Filipinas quienes lleguen a Macao, con idénticos propósitos, pero de aquí los echaron los portugueses.

Los jesuitas, como es lógico, no tuvieron dificultad para abrir casa en Macao, y cuando pasó por allí camino del Japón, el padre Alejandro Valignano, pensó en la posibilidad de evangelizar China. Fue designado para este trabajo el padre Ruggieri, que logró entrar temporalmente en Cantón, acompañando a los portugueses mientras duraban las ferias de aquel puerto. En 1582 llegó a Macao, para dedicarse a la misión de China, el padre Mateo Ricci, que el año siguiente consiguió permiso para residir en Shiu Hing, donde empezó a explicar en privado el catecismo. Sus conocimientos científicos y astronómicos, los instrumentos y relojes que poseía y el mapamundi con toponimia china que delineó, despertaron la curiosidad de los intelectuales y de ella se servía para su labor apostólica. Fueron llegando más jesuitas y se amplió el radio de acción: a fines del siglo XVI tenían ya cuatro residencias y había algunos cristianos.

En 1601 el padre Ricci fue llamado por el Emperador, que tenía deseo de conocerlo. Obtuvo licencia para quedarse en Pekín y enseñar las ciencias de Occidente en la corte. Allí permaneció hasta su muerte en 1610, dejando ya oficialmente reconocido en China el cristianismo y grupos de

fieles en la capital y en Nankín, Shangai, y otras ciudades. Pero los métodos de adaptación seguidos por los jesuitas dieron lugar a la cuestión de los ritos chinos, análoga a la de los ritos malabares.

La primera evangelización de Japón

La Historia de la Iglesia en Japón comienza con la llegada de San Francisco Javier: hay un primer período de crecimiento rápido, que hizo concebir grandes esperanzas, frustradas a partir de 1582. Japón tenía entonces un Emperador o Shogun, cuya autoridad estaba muy limitada por lo daymios, especie de señores feudales. En estas circunstancias llegó Javier en 1549 y empezó su predicación en Kagoshima. Cuando volvió a la India en 1551, dejaba ya cristianos en esta ciudad y en las islas de Kiu Shiu, Hondo e Hirado. La difusión del Evangelio fue rápida al principio: el padre Alejandro Valignano nombrado visitador, estuvo tres veces en Japón para impulsar la labor de los jesuitas, únicos misioneros que actuaron allí en los primeros cuarenta y cuatro años.

En 1582 empieza un largo período de persecución, que produjo numerosos mártires, y duró hasta 1622, con alternativas de cierta calma. En estos años sigue creciendo el número de cristianos y llegan otros operarios: franciscanos, dominicos y agustinos procedentes de Filipinas, y que por tanto pertenecían al Patronato español, mientras que los jesuitas de Japón dependían del portugués. No olvidemos que en estos años España y Portugal tenían un mismo rey, pero esto no evitaba recelos y rozamientos.

Un hecho importante es la erección en 1588 del obispado Funay, que abarcaba todo el archipiélago japonés. Este obispado tuvo cinco preladados jesuitas, hasta 1633 en que desapareció, porque la situación interna del país hizo imposible su continuidad.

Desde 1627 la persecución se había endurecido y tenía el decidido propósito de erradicar el cristianismo del Japón. Pareció haberlo conseguido en 1652, después de producir abundantes mártires, cuando el país quedó cerrado al extranjero hasta mediados del siglo XIX.

La isla de Formosa

A ella llegaron los españoles en 1626, y con ellos una misión de dominicos. Fundaron allí un fuerte, llamado de San Salvador, en la isleta que

dominaba la bahía que hoy se denomina de Kilung. En esa isleta estuvo el convento dominico de Todos los Santos, incorporado en 1627 a la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas.

El dominio hispano se extendió por toda la isla, y la predicación dio frutos abundantes, pero la presencia española en Formosa fue breve: una flota holandesa, procedente de Batavia, se presentó ante el fuerte a principio del año 1641 y fue rechazada. Se pidieron refuerzos a Manila, que sólo pudo enviar una pequeña ayuda, y poco después los holandeses arrojaron a los españoles de la isla.

El Patronato español en el Extremo Oriente

Cruzando el Pacífico, proa al oeste, la expedición de Magallanes llegó a Filipinas. La repentina conversión del rey y la reina de Cebú y el bautismo de varios centenares de indígenas no puede considerarse como el comienzo de la cristianización de las Islas, ni tampoco el breve paso de la expedición de Ruy López de Villalobos por el sur del archipiélago. habrá que esperar hasta la fundación de Manila en 1571 para que empiece la predicación, y aún entonces los afanes apostólicos de agustinos, franciscanos y dominicos se proyectan más hacia la conquista espiritual de China, considerando las Filipinas como base de lanzamiento hacia el Celeste Imperio.

La organización institucional de la Iglesia en Filipinas se realizó muy pronto: en 1579 fue erigido el obispado de Manila y en Marzo de 1581 llegó su primer obispo, el dominico fray Domingo de Salazar. En 1591 Manila fue elevada a la categoría de sede arzobispal con tres sufragáneas. Una de ellas era Cebú, que comprendía todas las Visayas, y las otras dos estaban en la isla de Luzón: Nueva Segovia, en la provincia de Ilocos, abarcaba la parte norte, y en el sureste se estableció la de Nueva Cáceres.

Como sucedió también en América, el peso de la evangelización recayó sobre el clero regular. En 1594 el territorio quedó repartido entre las cuatro familias religiosas que por entonces había en las Islas. Todas recibieron algunas doctrinas dentro del área tagala, que rodeaba Manila, pero la mayor parte de ella se repartió entre agustinos y franciscanos. Cuando llegaron los agustinos recoletos, a mediados del siglo XVII, las mejores provincias estaban ya adjudicadas, y ellos tuvieron la mayor parte de sus doctrinas en la isla de Mindanao, territorio muy difícil porque sus habitantes eran musulmanes.

No se encontraron en Filipinas las graves dificultades que ofrecieron otros países, donde existían antiguas religiones muy extendidas y fuertes organizaciones políticas. Ambas cosas faltaban allí y las creencias de los nativos no constituyeron gran obstáculo para su conversión. Entre sus costumbres, sólo la poligamia y la embriaguez, en gran parte de carácter ritual, fueron dificultades que fue necesario superar.

La fecha tardía en que se realizó la conquista tuvo la ventaja de que ya se contaba con una gran experiencia adquirida en América, que evitó cometer errores en la labor catequética. Por eso, la implantación de la fe fue sólida, tanto que ha resistido los embates del protestantismo, llegado con los norteamericanos a principios de nuestro siglo, y también el materialismo marxista. Filipinas es hoy el país de Asia con mayor porcentaje de católicos: el 84%.

No hubo tampoco aquí problemas de jurisdicción con la Congregación de Propaganda Fide, porque cuando ella nace, Filipinas tenía ya su propia jerarquía y estaba cristianizada, por lo que no fue necesario crear vicariatos ni enviar misioneros.

Las actividades misionales de Propaganda Fide

Nunca dejó la Santa Sede de cumplir el mandato de ir por todo el mundo a predicar el Evangelio, pero en la era de los grandes descubrimientos geográficos la labor misionera en las nuevas tierras quedó estrechamente vinculada a las dos Monarquías ibéricas que había obtenido de la Santa Sede los derechos de Patronato.

A medida que Portugal y España iban acusando el gigantesco esfuerzo realizado, emergían nuevas potencias colonizadoras, como Francia, Holanda e Inglaterra, y se vio cada vez con mayor claridad que era necesario un organismo central de la Iglesia que asumiera la dirección y coordinación de las actividades evangelizadoras en el mundo entero. La idea tardó tiempo en cuajar, pero al fin, en el breve pontificado de Gregorio XV, por la Constitución Apostólica «Inescrutabili Divinae Providentiae», fue erigida en 1622 la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, cuya competencia debía extenderse a las cinco partes del mundo, aunque de hecho, el Patronato español le sustrajo casi toda América y las Filipinas, y el portugués algunas partes de Asia, en donde hubo de abrirse paso con calma y prudencia.

Las primeras regiones asiáticas en las que comenzó su actuación fueron las del Próximo Oriente, y en China e Indochina, donde ya el Patronato portugués carecía de medios para sostener la actividad misional. Desde el principio se vio la conveniencia de preparar cuanto antes clero nativo, punto éste en el que no estaban de acuerdo los obispos residenciales del Patronato. De ahí que en 1649 se nombraran los primeros vicarios apostólicos para Indochina, pero el hecho de que los tres designados fueran franceses, así como todos los misioneros, despertó la suspicacia de Portugal, que consideraba a Francia como su principal competidora en Oriente, junto con Holanda. El problema tenía por tanto, un componente político; por eso Francia señaló una renta anual a los vicarios, mientras Portugal se oponía a su actuación.

La iniciativa de nombrar vicarios para Indochina partió del jesuita padre Alejandro Rhodés, que conocía bien aquella tierra, y su propuesta incluía la erección de un Patriarcado, dos o tres Arzobispados y doce Obispos en Cochinchina y Tonkín. En la práctica sólo se crearon tres vicariatos con sedes en Tonkín, Cochinchina y Nankín.

No fue posible evitar los conflictos: cuando llegaron los vicarios a Siam, que dependía de la diócesis patronal de Malaca, entonces vacante, el arzobispo de Goa que la administraba, los declaró intrusos y usurpadores, y después de una larga serie de problemas, a causa de la doble jurisdicción, Siam fue el fin separado de Patronato portugués en 1673. Otro tanto sucede en Tonkín, que pertenecía a la diócesis de Macao, y lo mismo, o más aún, en la India. Al fin y al cabo, Indochina podía ser considerada como un territorio fuera del Patronato, pero la India estuvo incluida en él desde el principio. Por eso aquí el choque sería aún más fuerte.

Se crearon cuatro vicariatos: los de Idalcán-Golconda, Gran Mogol-Bombay, Kanara y Malabar. En territorio del primero tenían los portugueses los puertos de Gos y Chaul.

El primer vicario llegó en 1640 con instrucciones de procurar la formación de clero nativo y logró ordenar algunos jóvenes de Gos, que formaron una especie de Congregación a imagen y semejanza del Oratorio de San Felipe Neri. Pronto chocó con el arzobispo de Goa y llegaron a Roma muchas quejas de su actuación, por lo que decidió ir personalmente a informar. Ya no regresó y se nombró otro vicario.

En 1696 se creó el vicariato de Gran Mogol, que tuvo pronto su sede en Bombay, donde continuó hasta que en 1886 se organizó la jerarquía católica en la India.

Los operarios evangélicos de Propaganda Fide fueron los misioneros formados en el Seminario de Misiones Extranjeras de París, fundado en el reinado de Luis XIV, que desapareció con la Revolución Francesa y fue restablecido después. Contó también con la ayuda de diversas Órdenes y Congregaciones como los carmelitas, capuchinos, lazaristas y otras, que hasta entonces no habían participado en la labor misional.

El Breve «*Onerossa pastoralis officio*» de 1º de abril de 1680, reorganizó las misiones orientales, creando cinco grandes vicariatos: China septentrional, China meridional, Tonkín, Cochinchina y Siam. La administración general de las misiones se encomendaba al vicario de Tonkín, que actuaría como arzobispo metropolitano para todo el Extremo Oriente.

Desde Siam fue enviada la primera misión al territorio de Birmania, y en 1722 había ya un vicariato en Ava-Pegú con misioneros teatinos. Los comienzos fueron difíciles y hasta mediados de siglo no lograron tener residencia en Rangún. El clima fue mortal para ellos, pero lograron que se ordenaran dos sacerdotes nativos. En 1832 falleció el último teatino de la misión birmana, y fueron sustituidos, unos años después, por sacerdotes del Seminario de Misiones Extranjeras de París.

La controversia de los ritos chinos

Es tema ineludible en una Historia de la Iglesia en Asia pero no es éste el lugar de tratarlo. Baste decir que en su origen estuvo el método de adaptación puesto en práctica por el padre Mateo Ricci, que consideraba los honores tributados a Confucio, y a los propios antepasados y algunas otras costumbres, como fórmulas sociales que podían observar los cristianos. Los dominicos y los franciscanos, por el contrario, pensaban que eran actos de culto. El problema se desarrolló a lo largo del siglo XVII, con diversas intervenciones de la Santa Sede, y en la primera mitad del XVIII, hasta que Benedicto XIV, en 1742, por la Bula «*Ex qua dia*» prohibió que se volviera a tratar del tema.

Tras un silencio de dos siglos, habló de nuevo Roma: a partir de 1935 aparecieron algunos documentos relativos a la cuestión de los ritos, que no eran exclusivos de China, porque los había también en Manchuria, Japón y la India. Por fin, un decreto de Propaganda Fide, dado el 8 de diciembre de 1939, declaró que las ceremonias en honor de Confucio no

son actos de culto, y lo mismo las inclinaciones de cabeza ante los difuntos, sus imágenes o las tablillas donde constan sus nombres, y añade que en las escuelas católicas es lícito colocar la imagen de Confucio o su tablilla y saludarlas con una inclinación de cabeza.

La Prefectura Apostólica del Tibet

La misión del Tibet fue promovida por Propaganda Fide que la encomendó a capuchinos italianos, a principios del siglo XVIII. Llegaron a Lhasa y allí, mientras aprendían la lengua tibetana, trabajaron con los cristianos armenios, rusos y chinos que vivían en la ciudad. Unos años después tuvieron que abandonarla para no morir de hambre, pero no abandonaron la idea de misionar en el Tibet. Regresaron a Lhasa y encontraron allí a un grupo de jesuitas pertenecientes al Patronato portugués, a los que Roma mandó retirarse. Los capuchinos fracasaron en este segundo intento y en el tercero, que realizaron a mediados del siglo XVIII. También fracasaron los lazaristas en la primera mitad del XIX, pero al fin, en 1854 ya tenían una misión y cinco años después fue erigido un vicariato, aunque hasta hoy se puede decir que este país sigue cerrado al Evangelio, más aún desde su ocupación por China.

El Próximo Oriente en la Edad Moderna

Francia en su Siglo de Oro, heredó en cierto modo la hegemonía misional que habían tenido España y Portugal, pero ya desde mucho antes ejercía cierto protectorado en el Próximo Oriente, dominado por los turcos. No se podía pensar en la conversión de estos musulmanes fervorosos, pero se trató de ayudar a las comunidades cristianas sometidas. A esto se dedicaron los jesuitas en Siria y Líbano, trabajando con los melquitas, armenios y jacobitas. En Siria, Palestina y Persia trabajaron también capuchinos y carmelitas.

La primera evangelización de Persia en la Edad Moderna con la llegada de algunos agustinos desde Goa. Al tener noticia de ello, el papa Clemente VIII quiso que la nueva misión dependiera de Propaganda Fide y se la ofreció a los carmelitas descalzos, que entonces deseaban comenzar la actividad misional, hasta entonces no practicada por la Orden. Los primeros

fueron recibidos con grandes honores, y se instalaron en Ispahán en el año 1608, dedicándose a los cismáticos, en su mayoría armenios y nestorianos caldeos, y a los paganos. Se creó poco después un obispado, pero la temprana muerte de su primer titular hizo que fuera gobernado durante más de medio siglo por los obispos de Babilonia, y luego fue reducido a la categoría de vicariato apostólico. A fines del siglo XVIII la misión carmelita de Persia había desaparecido. Los lazaristas reanudarán aquí la actividad misional en 1840.

También en Babilonia trabajaron los carmelitas, que llegaron a Bagdad en 1623, y quince años después fue erigido allí un obispado que corrió suerte análoga al de Ispahán. En los primeros años del siglo XVIII aquella sede era gobernada por vicarios apostólicos, y aunque tuvo obispos residenciales carmelitas desde 1742 a 1773, una epidemia acabó ese año con los seis religiosos de la misión, y se vuelve a los vicarios apostólicos hasta 1820. Aunque hubo también otros operarios, como capuchinos y jesuitas franceses y polacos, los resultados obtenidos fueron muy escasos.

Edad Contemporánea

En la segunda mitad del siglo XVIII y los primeros años del XIX, como consecuencia de las ideas filosóficas de la época y de la Revolución Francesa, decayó el espíritu que en los siglos anteriores había llevado a tantos evangelizadores a las tierras de Asia. Además, el auge de Inglaterra y Holanda como potencias coloniales, empezó a introducir el protestantismo en los países del Extremo Oriente, y por otra parte, la Congregación de Propaganda Fide carecía de información suficiente acerca de los complejos problemas que se planteaban en los países de Asia, y tampoco tenía personal ni medios económicos bastantes para cumplir sus fines.

A pesar de todo, el espíritu y la actividad misionera resurgirán en el primer cuarto del siglo XIX, contribuyendo a ello la nueva situación política de Europa, y el afán proselitista de nuevas Congregaciones religiosas con fines evangelizadores, y por añadidura la era del colonialismo europeo, que se inicia en la década de los ochenta, logró que en 1914 el 56% del territorio asiático estuviera bajo el dominio de alguna nación de Europa, lo que favoreció la evangelización porque se dio el caso de que gobiernos indiferentes e incluso hostiles a la Iglesia en sus respectivas metrópolis, propiciaron la acción misional en sus colonias, siquiera fuese por móviles egoístas.

En 1831 subió al solio pontificio Gregorio XVI, que había sido Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, y con él se acometió su reorganización. Otro hecho importante es que se debilitan los Patronatos español y portugués. De hecho, el primero casi desaparece con la independencia de América y sólo quedan bajo su jurisdicción Cuba y Puerto Rico, además de Filipinas.

Portugal conserva todavía alguna fuerza en su imperio oriental y entre 1838 y 1857 se produjo un cisma porque el arzobispo de Goa, primado de las Indias Orientales, entendía que Roma no podía autorizar sin su permiso actividades misioneras en aquellas tierras. En 1884 la Santa Sede decidió no renovar la jurisdicción extraordinaria del arzobispo, y dos años después, un Concordato la dejó reducida a la provincia eclesiástica de Goa con sus tres diócesis sufragáneas: Cranganore, Cochín y Meliapur.

Por último, el Concordato de 1940 limitó la diócesis a solo este territorio portugués, cuya retrocesión a China está prevista para 1999. Por el mismo Concordato quedaron incorporadas a la diócesis de Macao las iglesias exentas de Singapur y Malaca.

A lo largo del siglo XIX hubo en China intensa actividad misionera, y desde 1884 cierta libertad religiosa, pero los avances del catolicismo siguieron siendo lentos.

En 1856 fueron suprimidas las diócesis patronales de Pekín y Nankín, creadas en 1690, y sus territorios se repartieron entre varios vicariatos apostólicos. Ambas diócesis habían estado en manos de los jesuitas, hasta la extinción de la Compañía, y luego pasaron a los lazaristas portugueses, aunque hubo además misioneros de distintas Órdenes y Congregaciones; dominicos, franciscanos y agustinos, llegados de Filipinas, que fueron los primeros evangelizadores de China, siguen trabajando allí en el siglo XIX, así como los misioneros de París y los lazaristas, a los que se suman en 1869 los misioneros del seminario de Milán.

También hubo misiones en Mongolia durante el siglo pasado y existió un vicariato, luego dividido en tres: occidental, oriental y central. Pero en 1911, a la caída de la dinastía manchú, Mongolia Exterior se hizo independiente y en 1924 se instauró la República Popular, de signo marxista.

En Manchuria comenzaron las misiones a mediados del XIX, con la llegada a Mukden de los primeros misioneros de París. En 1896 hubo que dividir el territorio en dos vicariatos, que habían alcanzado bastante desarrollo cuando llegaron al poder los comunistas.

Especial interés ofrece el caso de Corea: el nacimiento de la iglesia coreana suele fijarse en el año 1784, aunque existieron algunos contactos esporádicos en los siglos XVI y XVII. En el citado año se bautizó en Pekín Yi Seoung Hom, y de regreso a su país, comenzó a hacer apostolado y bautizó a otros. Así nació, sin sacerdotes, esta nueva cristiandad, y antes de que pudiera llegar alguno comenzó una violenta persecución que duraría hasta 1831.

Corea dependía entonces de la diócesis patronal de Pekín, y desde allí se intentó en 1817, enviar sacerdotes chinos, pero no lograron entrar. También Propaganda Fide mandó misioneros desde Europa. En 1839 había tres, y se había creado el vicariato de Seúl. A pesar de todas las dificultades el número de cristianos aumentaba, y a principios del siglo XX había 73.500, atendidos por un obispo y 46 sacerdotes.

En 1910 Corea cayó bajo el dominio de Japón y de allí llegaron el budismo y el sintoísmo, declarado religión oficial. No obstante, la cristiandad siguió creciendo a buen ritmo y se erigieron nuevos vicariatos, luego convertidos en obispos residenciales. Desde 1942 los prelados son ya coreanos.

Después de la derrota japonesa en la segunda Guerra Mundial, Corea recuperó la independencia, pero su territorio fue dividido por el paralelo 38° y la mitad norte la ocupó Rusia, lo que hizo casi desaparecer aquella comunidad cristiana. Muy distinta fue la suerte de Corea del Sur, cuya iglesia ha podido seguir viviendo hasta hoy con plena libertad.

A mediados del siglo XIX los cañones norteamericanos hicieron que Japón se abriera al exterior, y se pudo comprobar entonces el hecho extraordinario de que subsistían cristianos que había conservado la fe y la fidelidad al Papa, desde los tiempos de San Francisco Javier, sin otro sacramento que el bautismo. Desde 1875 hubo tolerancia y la Constitución reconoció la libertad religiosa, con lo que en tiempo de León XIII pudo instaurarse la jerarquía eclesiástica, con un arzobispado en Tokyo, y sufragáneos en Nagasaki, Osaka y Hakodaté.

Para terminar esta visión panorámica es necesario señalar que por el inmenso territorio de la Rusia Asiática se extendieron los cristianos nestorianos, a partir del siglo V, que como ya se dijo, llegaron hasta el imperio de los mongoles, a la India. Incorporadas estas comunidades cristianas a la Iglesia Ortodoxa a partir del cisma de Oriente, sufrieron en nuestros

días los embates del materialismo marxista. Por tanto en una Historia de la Iglesia Católica, muy poco cabe decir de esta parte de Asia.

Situación actual

Con su elocuencia y objetividad, los números dicen que la Iglesia Católica tiene aún muy escasa implantación en Asia.

En el *Anuario Estadístico* que publica la Secretaría de Estado del Vaticano podemos ver reflejada la situación actual.

Sólo tres países —Filipinas, Timor y Líbano— tienen un porcentaje de católicos superior al 50%. Filipinas, 84%; Timor, 74% y Líbano, 54%.

En el extremo opuesto, Afganistán, Camboya o Kampuchea, China, Rusia Asiática, Corea del Norte, Laos y Vietnam, no tienen católicos. En Nepal, tan solo un millón, o sea el 0,006% de sus más de dieciseis millones de habitantes; en Turquía el 0,003%; en Irán 0,004%; en Yemen del Sur el 0,005%; Tailandia y Japón tienen un 0,4 por ciento.

Sri Lanka, la antigua Ceilán tiene hoy un 7% de católicos producto de la actividad misionera comenzada en el siglo XVI. Macao tiene un 6% pero no olvidemos que es todavía un enclave portugués. Siria tiene un 7%. Un cinco por ciento hay en Hong-Kong, que sin duda en gran parte son europeos, como en los Emiratos Arabes Unidos, con igual porcentaje. Análogo es el caso de Singapur y Arabia Saudita, con su 4% de católicos. Un tres por ciento hay en Malasia donde se advierte la huella portuguesa.

Filipinas es un claro testimonio de la buena siembra hecha por los misioneros españoles que implantaron allí la fe, y de la labor de sus continuadores. Hoy existen en las islas trece provincias eclesiásticas con un total de treinta y una diócesis sufragáneas. Hay cuatro vicariatos, en Mindoro, Joló, norte de Luzón e isla de Palawan, y doce *prelaturas nullius* (ocho en Luzón y cuatro en Mindanao).

Materiales para una Historia de la Iglesia en Asia

La elaboración de una *Historia de la Iglesia en Asia*, con criterios actuales, exige la revisión de las abundantísimas fuentes documentales dispersas en muy diversos archivos de casi todo el mundo, especialmente de Es-

paña, Portugal y Francia, además de los propios de todas las Órdenes y Congregaciones que han trabajado en misiones de países asiáticos, y por supuesto, los Archivos Vaticanos, muy particularmente el de la Congregación de Propaganda Fide.

Con respecto a fuentes historiográficas, tenemos las Crónicas de las órdenes religiosas y múltiples relaciones escritas por misioneros de los distintos lugares.

Prescindo aquí de los materiales existentes para la Historia de la Iglesia en Asia durante la Antigüedad y la Edad Media, y me limito a reseñar algunos atlas históricos, repertorios bibliográficos, y obras generales que incluyen bibliografía.

1. *Atlas históricos*

FREITAG, A.-LORY, J. M.: *Atlas du monde chretienne*. Bruselas, 1958.

EMMERICH, H.: *Atlas Missionum*. Congregación de Propaganda Fide. Città del Vaticano, 1958.

ATLAS D'HISTOIRE DE L'EGLISE: *Les Eglises Chretiennes hier et aujourd'hui*. Edité par JEDI, H. SCOTT LATOURETTE, K. et MARTIN, J., Bruxelles, 1990.

2. *Repertorios Bibliográficos*

STREIT, R.: *Bibliotheca Missionum*. Continuada por Didinger, J., Rommerskirchen, J. y Metzler, J. Iniciada en 1916. Publicados 30 vols. hasta 1975.

PROPAGANDA FIDE, ed.: *Bibliografía Missionaria*. Città del Vaticano. Recoge todo lo publicado sobre el tema, hasta el día de hoy.

3. *Obras generales*

FLICHE, A. y MARTIN, V.: *Historia de la Iglesia. De los orígenes a nuestros días*. Edición española bajo la dirección de José M^a Javierre. 30 vols. más dos complementarios. Interesa sobre todo para nuestro tema el vol. 29, *Las misiones católicas* por Angel Santos Hernández. (Valencia, 1978).

MUSSET, H.: *Histoire du Christianisme, spécialement en Orient*. Líbano, 1948-49, 3 vols.

DELACROIX, S. y otros: *Histoire Universelle des Missions Catholiques*. París, 1956-59, 4 vols.

BOULANGER, A.: *Historia de la Iglesia Católica*. Traducida del francés y completada con la *Historia eclesiástica de España y América*, por el P. Arturo García de la Fuente. OSA. 4ª edición, Barcelona, 1962.

LLORCA, B., GARCÍA VILLOSLADA, R. y LABOA, J. M.: *Historia de la Iglesia Católica*. Madrid, 1987-1990. 4 vols.

Todas estas obras contienen abundantísimas referencias bibliográficas, a las que me remito.

Hay que citar también numerosas revistas, como «Archivo Ibero-Americano», que publican los franciscanos desde 1914.

«Archivum Historicum Societatis Iesu», Roma, 1932...

«Collectánea Franciscana», Roma, 1930...

«Carmelus», Roma, 1954...

«La Ciudad de Dios», publicada por los agustinos.

«Missionalia Hispánica», Madrid, 1945-1986. A partir de esta fecha, se refunda con «Hispania Sacra», que continúa.

«Studia Missionalia». Publicada, sin periodicidad fija, por la Facultad de Misionología de la Universidad Gregoriana. Roma, 1943...

«Revue d'Histoire Ecclésiastique», Lovaina, 1900...

4. *Historiografía*

La abundancia de obras de esta naturaleza hace imposible intentar siquiera su enumeración. Voy a limitarme en estas breves referencias, al Extremo Oriente Ibérico: India, China, Japón, Indochina, Malasia y Filipinas.

En las Actas del I Simposio Internacional EL EXTREMO ORIENTE IBÉRICO, que se celebró en Madrid los días 7-10 de noviembre de 1988, (organizado por el Centro de Estudios Históricos, Departamento de Historia de América, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas), se contienen varios artículos muy interesantes para nuestro tema. Son éstos:

GONZÁLEZ POLA, Manuel: *Dominicos en Extremo Oriente. Bibliografía general sobre su actividad Misionera*, p. 277-295. Trata de Filipinas, Japón, China, Formosa y Tonkín.

TORMO SANZ, Leandro: *Bibliografía sobre la Historia de la Iglesia en el Extremo Oriente Relacionado con España*, p. 391-413.

Incluye interesantes referencias historiográficas que abarcan los «Orígenes de la Iglesia en Oriente (300-1500)», «Mendicantes en Tartaria y China (1245-1500)», y toda la historiografía filipina, producida por las diversas órdenes evangelizadoras: agustinos, franciscanos, jesuitas, dominicos, agustinos recoletos, y otras órdenes llegadas más tarde, hasta nuestros días.

Para el estudio de las actividades misioneras de los jesuitas son fundamentales estas dos obras:

VALIGNANO, Alessandro: *Historia del principio y progreso de la Compañía de Jesús en la Indias Orientales (1549-1564)*. Editada en español con anotaciones en alemán por J. Wicki. Roma, 1944.

GUZMÁN, Luis: *Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en la India oriental, en la China y Japón desde 1540 hasta 1600*. Alcalá de Henares, 1601, 2ª ed. Bilbao, 1891.

Con motivo del IV Centenario de su llegada a Filipinas, los franciscanos publicaron esta obra: *España en Extremo Oriente. Filipinas, China y Japón. Presencia franciscana 1578-1978*. Dirección de Víctor Sánchez y Cayetano S. Fuertes. Madrid, 1979.

Y para cerrar esta breve antología, voy a mencionar las principales crónicas impresas, de las distintas órdenes evangelizadoras de Filipinas, que en casi todos los casos, tratan también de otros países asiáticos, como China, Formosa, Japón, Indochina, etc. Las enumero por el orden de su llegada al Archipiélago filipino.

a) Agustinos:

GRIJALVA, Juan de: *Crónica de la Orden de N. P. S. Agustín en las provincias de la Nueva España (...) desde el año 1533 hasta el de 1592*. México, 1624. Incluye lo referente a la conquista de Filipinas.

GASPAR DE SAN AGUSTÍN: *Conquistas de las Islas Philipinas: la temporal por las armas del Señor Don Phelipe Segundo el Prudente y la espiritual por los religiosos del orden de Nuestro Padre San Agustín*. Madrid, 1698. Hay edición crítica con notas, por Manuel Merino, OSA. Madrid, 1975.

DÍAZ, Casimiro: *Conquistas de las Islas Filipinas*. Manila, 1890. Es continuación de la obra anterior.

MEDINA, Juan de: *Historia de los sucesos de la Orden de nuestro gran Padre San Agustín de estas islas Filipinas*. Manila, 1893.

b) Franciscanos:

RIBADENEIRA, Marcelo de: *Historia de las islas del Archipiélago Filipino y reinos de la Gran China, Tartaria, Cochinchina, Malaca, Siam, Cambodge y Japón*. Barcelona, 1601. Hay dos ediciones modernas: la de Juan R. Legísima. Madrid, 1947 y la impresa en Manila, 1970, por la Historical Conservation Society, esta última en español e inglés.

JUAN FRANCISCO DE SAN ANTONIO: *Crónicas de la Apostólica Provincia de San Gregorio, de religiosos descalzos de N. P. S. Francisco en las islas Filipinas, China, Japón, etc. (...)*. Sampaloc, 1738.

FRANCISCO DE SANTA INÉS: *Crónica de la Provincia de San Gregorio Magno de religiosos descalzos de N. P. S. Francisco en las islas Filipinas, China, Japón etc. (...)*. Manila, 1892, 2 vols.

MARTÍNEZ, Domingo: *Dompendio Histórico de la Apostólica Provincia de San Gregorio de Filipinas*. Madrid, 1756.

HUERTA, Félix de: *Estado geográfico, topográfico, estadístico, histórico-religioso de la Santa y Apostólica Provincia de S. Gregorio Magno, de religiosos Menores Descalzos de la Regular y más estrecha observancia de N. P. S. Francisco en las islas Filipinas*. Binondo, 1865.

c) Jesuitas:

CHIRINO, Pedro: *Relación de las Islas Philipinas y de lo que en ellas han trabajado los padres de Compañía de Jesús*. Roma, 1604. Reeditada en Manila, 1890, y en 1969 por la Historical Conservation Society, en edición bilingüe, español e inglés.

COLIN, Francisco: *Labor evangélica de los obreros de la Compañía de Jesús. Fundación y progresos de su Provincia en las Islas Filipinas. Parte primera, sacada de los manuscritos del P. Pedro Chirino*. Madrid, 1663. Hay edición crítica del P. Pablo Pastells. Barcelona 1900-1902, 3 vols.

MURILLO Y VELARDE, Pedro: *Historia de la Provincia de Filipinas de la Compañía de Jesús, 1616-1716*. Manila, 1740.

COMBÉS, Francisco: *Historia de las Islas de Mindanao, Joló y sus adyacentes*. Madrid, 1667. Hay edición crítica de W. E. Retana y P. Pastells. Madrid 1897.

Aunque no se trata de una obra historiográfica, es imprescindible mencionar la escrita por el P. Horacio de la Costa: *The Jesuits in the Philippines, 1581-1768*. Harvard University. Massachusetts, 1967.

d) Dominicos:

AUARTE, Diego: *Historia de la Provincia de Santo Rosario de la Orden de Predicadores de Filipinas, Japón y China*. Manila, 1640. 2ª ed. Zaragoza, 1693.

SANTA CRUZ, Baltasar de: *Historia de la Provincia de Santo Rosario en Filipinas, Japón y China*. Zaragoza, 1693. Es continuación de la anterior y ambas han sido editadas en Madrid, 1962-63. 2 vols.

SALAZAR, Vicente: *Historia de la Provincia de Santísimo Rosario de Filipinas, China y Tunking. Tercera parte, (1669-1700)*. Manila, 1742.

COLLANTES, Domingo: *Historia de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, China y Tunquín. Orden de Predicadores. Cuarta parte (1700-1765)*. Manila, 1783. Los dieciocho primeros años de esta crónica los escribió el P. Luis Sierra.

FERRANDO, Juan y FONSECA, Joaquín: *Historia de los PP. Dominicos en las Islas Filipinas y en sus misiones de Japón, China, Tungkín y Formosa, hasta el año 1840*. Madrid, 1871-1872. 6 vols. Ferrando llegó hasta el año 1840. La obra fue refundida y corregida por Fonseca que le añadió un apéndice que alcanza hasta 1870.

Hay que citar también una obra moderna, la del P. Pablo FERNÁNDEZ: *Dominicos donde nace el Sol. Historia de la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas de la Orden de Predicadores. 2ª edición*. Barcelona, 1958. Abarca desde la fundación de la Provincia hasta el fin de la segunda, guerra mundial.

e) Agustinos Recoletos:

No existe ninguna crónica de esta Orden dedicada exclusivamente a Filipinas, y por tanto hay que acudir a las historias generales de ANDRÉS DE SAN NICOLÁS: *Historia general de los religiosos descalzos de la Orden de los Ermitaños del gran Padre San Agustín, de la Congregación de España y de las Indias*. Madrid, 1664.

La continuación, por el padre LUIS DE JESÚS, se publicó en Madrid, 1681 con el mismo título que la anterior.

Sólo cabe añadir la *Historia general de Philipinas*. Manila 1788-1792, 14 vols. escrita por JUAN DE LA CONCEPCIÓN, que como indica el título, no es una crónica de su Orden.

Ideas para un proyecto de Historia de la Iglesia en Asia

Una empresa de tanta envergadura no puede ser obra individual; exige ante todo, una detenida reflexión para elaborar un plan que tenga coherencia y unidad.

Ha de estudiarse la expansión geográfica del cristianismo por tierras de Asia, siguiendo un orden cronológico y trazando en cada caso el marco histórico-cultural en que tuvo lugar la predicación de la fe católica. Es difícil decidir cuál sea el mejor método expositivo, dada la gran complejidad de los hechos que han de ser historiados, pero creo conveniente no romper el proceso de cada uno de las grandes regiones geográficas de Asia, que deben «entrar en escena» sucesivamente: Próximo Oriente, Oriente Medio, Extremo Oriente y dentro de éste India, Japón China, Indochina e Insulindia.

Para cada una de las cuatro Edades ha de redactarse una amplia Introducción, que destaque los hechos que más influirán durante ella sobre el desarrollo de la Iglesia en Asia. Por ejemplo, persecuciones, herejías y grandes Concilios, en la Edad Antigua; nacimiento y expansión de islamismo, Cisma de Oriente y amenaza turca, en la Edad Media; en la Edad Moderna, los grandes descubrimientos geográficos, el Patronato castellano y el Padroado portugués sobre la Iglesia, en sus respectivos ámbitos geográficos, y la aparición, finalidad y funcionamiento de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide. Por fin, el colonialismo europeo, el marxismo y las nuevas formas de evangelización, en la Edad Contemporánea.

La redacción de este proyecto ha de ser tarea de un grupo de expertos, que luego encargue cada tema a la persona más idónea para estudiarlo. Ese mismo grupo, o Comité Científico, deberá luego revisar y coordinar la labor de cada especialista, para evitar, en lo posible, los defectos en que suelen incurrir las obras de este tipo.

Es una magna empresa, digna del Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra, y sería muy deseable que se decidiera a acometerla.

Lourdes Díaz-Trechuelo
Departamento de Historia de América
Universidad de Córdoba
E-14071 Córdoba